



CHRISTOPH WULF

Antropología. Historia, cultura, filosofía.

Traducción de Daniel Barreto González, *Ánthropos, Rubí (Barcelona) / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 2008, 331 pp. ISBN 978-84-7658-887-1*

(*Anthropologie: Geschichte-Kultur-Philosophie, Rowohlt, Reinbeck, 2004*)

La antropología fue reconocida como una ciencia con un marcado carácter nacional en el momento en que las naciones europeas extendían sus fronteras en otros continentes. La colonización, que fue el reverso del Renacimiento o de la Ilustración o del progreso, escondía en su seno el futuro de un repliegue que obligaría a los europeos a preguntarse por los logros de su propia civilización. En Inglaterra y, sobre todo, en Francia, la antropología acabaría siendo una disciplina melancólica. El papel que Alemania desempeñaría en su desarrollo sería paradójico: una nación atrasada — como la llamaría Helmuth Plessner, uno de los autores más citados por Wulf— se centraría, sobre todo, en la llamada antropología filosófica. La antropología de Wulf sitúa la filosofía en una serie que incluye también la historia y la cultura. La influencia que el concepto de *posthistoria*, que Arnold Gehlen tomó de las lecciones hegelianas de Alexandre Kojève, se aprecia notablemente en estas páginas. “Los interrogantes —escribe Wulf— y los problemas de la capacidad humana de aspirar al futuro son esenciales” para la práctica de una antropología contemporánea.

A esa práctica de una antropología contemporánea, Wulf la considera histórica. La antropología histórica, sin embargo, no sería una “especialidad”: la

actitud científica subyacente conduciría a menudo a una “organización transdisciplinar y transnacional de la investigación”. Claves para esa concepción serían la paciencia del antropólogo que sabe que se enfrenta, en primer lugar, a un objeto —la historia de la vida y los procesos de hominización— cuya larga duración incluye factores ecológicos, genéticos, cerebrales, sociales y culturales. La pregunta trascendental por las condiciones de posibilidad de lo humano en la evolución se insertaría, entonces, en los contextos históricos con una perspectiva inequívoca de la alteridad y la diferencia culturales.

Wulf presta atención especial al problema del cuerpo y al carácter performativo de las acciones sociales. El capítulo 8, *Teoría y práctica del performativo*, es, de hecho, uno de los capítulos más fértiles de su exposición, en la medida en que es capaz de combinar temas tradicionales de la antropología, que inevitablemente se refieren a un pasado que solo ha pervivido como exotismo en la época moderna, con los nuevos rituales del presente. “Los rituales —explica— sirven a la organización del tránsito entre las instituciones.” La perdurabilidad de las instituciones, y de la vida en un sentido humano, se enfrenta, por tanto, a la perdurabilidad de las instituciones que tratan de integrar en un todo los acontecimientos de la vida individual y, sobre todo, la muerte de los individuos. Si lo específicamente humano surge de la relación con la muerte, la antropología es una ciencia de los modos que tienen a su disposición los seres humanos para entender su desaparición.

A diferencia de las esperanzas seculares en que el progreso aumentaría el grado y la esencia del conocimiento humano y reduciría la complejidad de los problemas sociales —en cierto modo el totalitarismo aspiraba a una planificación sencilla de la existencia humana en la que todo encajaría perfectamente—, Wulf reconoce que a medida que aumenta el caudal de información sobre los contextos y conexiones históricos y culturales, más crece el “no-saber”. “El saber sobre el ser humano —ésta es una de sus conclusiones principales— sólo es posible de modo fragmentario y, en conjunto, permanece oculto a sí mismo”. La fragmentariedad del conocimiento, y en concreto del conocimiento que el ser humano tiene de sí mismo, es constitutiva.

Antonio Lastra